

HOMILIA EN EL 450avo ANIVERSARIO DE LA LLEGADA A CHILE DE LA ORDEN FRANCISCANA

Chile es el producto de tres factores: la raza indígena; el ser español y la fe católica. De la mezcla interactiva de estos tres elementos salió un pueblo mestizo y creyente: el pueblo chileno. Ese pueblo chileno se fue gestando lenta y sólidamente a lo largo de los siglos coloniales. A partir de la Independencia enfrenta la evolución del mundo moderno en los siglos XIX y XX. Los cambios culturales han sido y siguen siendo muy profundos. Pero mantiene su identidad, a la vez que evoluciona. Y una componente importante de esa identidad es el franciscanismo. El espíritu franciscano llegó a Chile hace 450 años con los primeros misioneros y sigue presente y activo al empezar el siglo XXI. Queremos evocar, con admiración y gratitud, el aporte franciscano a la fe y a la vida de Chile. El franciscanismo no es una doctrina: es un hombre. Uno de los hombres mas extraordinarios que han existido. Antes que nada, un fiel discípulo de Cristo -como lo han sido y lo son todos los santos. Y luego un poeta, un “creativo” diríamos hoy, un hombre diferente, claro, transparente, luminoso, profundo, austero, alegre, simpático, atrayente, genial. Y un intuitivo, dotado de una poderosa inteligencia emocional, que ve y siente el mal de “su” siglo -el mal de “**todos**” los siglos, el mal de “**nuestro**” siglo- y señala el

remedio, no con palabras o con escritos sino con gestos sorprendentes, apasionados pero extraordinariamente eficaces.

Un gran economista australiano se entusiasmó con San Francisco, la negación de toda economía, la antítesis del economista o del financiero de hoy. Y declaró que San Francisco debía ser considerado como “el mas grande economista de todos los tiempos”, algo así como un Premio Nobel de Economía, antes de que el premio existiera. Parece una humorada o una paradoja. Pero él fundamentaba su opinión: los problemas económicos mundiales - los de su tiempo y los nuestros- no tienen solución mientras los hombres no aprendan a trabajar con alegría, a vivir con frugalidad, a quererse mutuamente y a gozar de los bienes “gratuitos” que no se transan en la Bolsa ni se ofrecen en los malls: la verdad, la belleza, el amor, el bien, la paz, la alegría...

El pueblo mestizo chileno talvez no captó en su plenitud el mensaje de Francisco. Pero sí percibió en los misioneros franciscanos de los tiempos coloniales una actitud misionera diferente de la de los demás misioneros, diferente sobretodo de la manera de ser de los demás españoles, conquistadores, encomenderos o altos personajes. Y esa diferencia le gustó, lo hizo sentirse cómodo en su nueva fe, en su nueva pertenencia religiosa que no aceptaba así no mas, que miraba con cierto recelo, como algo

extraño a su manera de ser, como un producto foráneo propio de los conquistadores y no de los conquistados.

En los franciscanos, en su espiritualidad y en su testimonio de vida encontró el pueblo mestizo una manera de ser cristiano, un estilo y un clima religiosos que le agradaron. El franciscano era sencillo en su predicación y en su enseñanza; hablaba como correspondía hablar a hombres y mujeres y letrados y analfabetos, usando el canto y la música -recordemos el inseparable violín de San Francisco Solano-. Era cercano, era fraternal y eso significaba mucho a un pueblo sometido a amos que lo mandaban y lo exigían. Era paciente, comprensivo, misericordioso, como lo era Cristo y como quería el mestizo que fueran sus misioneros, más abiertos a la indulgencia que al rigor. El franciscano predicaba la verdad pero la predicaba con amor. Recordemos al Papa Pío XI que decía que “la predicación de la verdad había traído menos almas a Cristo que el testimonio de la caridad”. O a Paulo VI que decía que “el mundo de hoy no quiere maestros sino testigos y que “solo acepta un maestro cuando es también un testigo”.

Hubo afinidad, sintonía entre el misionero franciscano y el indio y el mestizo chilenos. El “estilo” franciscano calzaba con la manera de ser de nuestro pueblo. Si el pueblo chileno, especialmente el mundo de los humildes, de los pobres, ha sido y sigue siendo en parte como es: “humilde, paciente y resignado” -

como lo veía el autor de nuestra oración para todos los días del Mes de María- si acoge sin dificultad al huérfano de la casa vecina, si comparte su pan con otro que tenga mas hambre que él, y si cumpliendo una manda, entra de rodillas al santuario al que peregrina, y si en su pobreza encuentra alegría de vivir y paz de corazón, se lo debe en gran parte a los franciscanos de Chile. El catolicismo del pueblo chileno le debe a los franciscanos un cierto estilo que lo ha marcado porque corresponde a la manera de ser del pueblo chileno.

Más de cuatro siglos después de la llega de los primeros franciscanos a Chile, el Cardenal Oviedo invita a la Iglesia de Santiago a celebrar un Sínodo Arquidiocesano. A medida que se van estudiando los deseos expresados por los participantes - clérigos y laicos, de todas las tendencias existentes en la Iglesia- una nota se vuelve dominante: ésta es un clamor del Pueblo de Dios: “¡Queremos una Iglesia misericordiosa! ¡Queremos una Iglesia en que prevalezca el amor! ¡Una Iglesia que comprende, que ayuda, que anima, que perdona, que levanta... no tanto una Iglesia que mande, que juzgue y que condene!” Esto es un eco de la evangelización franciscana, es un atenuado reflejo del Santo de Asís que iluminó su siglo, toda la Edad Media y los tiempos coloniales y que subsiste aun hoy día.

Como Arzobispo de Santiago (y como Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile), agradezco a los franciscanos de ayer y de hoy el bien inmenso que han hecho a la Iglesia en Chile y a Chile entero; pido a los franciscanos chilenos de hoy que continúen la misma labor con el mismo espíritu; y pido a Dios los bendiga para que el hábito tan querido y -más que el hábito, el corazón de franciscano- sigan en las ciudades y los campos chilenos como un signo de paz y de bien para todos.